

## TAMITLA

---

*Julio Romano\**

Debajo de estas piedras que ahora son mis pies están las huellas que en mí ha dejado el trayecto que he recorrido. ¿Adónde he llegado? No parece que aquí alguna vez el viento haya soplado, ni que seres humanos hubieran habitado estos parajes. El mismo desierto que rodea estas tierras parece resistirse a habitarlas, a decir “esto soy yo, he estado aquí antes que la vida y estaré después de ella, y he visto a seres humanos que solo llegan para morir, si es que no están ya muertos cuando comienzan a hundirse en este abismo”, porque estas tierras no son para otra cosa, sino para hundirse en ellas. ¿Y yo? ¿Por qué ahora estoy aquí? Son otros los desiertos que he habitado, de cortos días y aún más cortas noches.

He llegado aquí huyendo de lo insoportable, de unas ruinas más decadentes que estas que ahora contemplo y que puede contemplar cualquiera que haga aterrizar sus ojos sobre mí. Ruinas producto de ruinas, desierto producto de desiertos, de oquedades, de vacíos que se expanden como si algo hubiera explotado, por fin, después de tanta espera. Perdida, sí, pero ¿no era eso lo que buscaba, lo que quería? ¿No quería desaparecer, alejarme de la atmósfera que me envolvía y no me dejaba respirar, que me asfixiaba, mientras todo el mundo podía verlo sin darse cuenta

\*Julio Romano (Ciudad de México, 1983) es maestro en Literatura Mexicana por la Universidad Veracruzana. Ha sido becario del Fondo Estatal para la Cultura y las Artes de Hidalgo y del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes (FONCA). Es autor del volumen de cuentos *No verás el alba*.

ni hacer nada? ¿Cuándo explotará esta cápsula de desventuras que soy, cuándo podré ver realmente qué es lo que hay en mí? Son otros los desiertos que me han habitado, infinitas planicies de soledad, y cada una de esas planicies es un grano de arena de los desiertos de que hablo.

Al contemplar este horizonte distorsionado por el calor me parece que me contemplo a mí misma, como si tuviera frente a mí, más claro que nunca, el abandono que siempre me ha rodeado y que siempre he contenido, ese abandono que me ahoga aquí y donde hay gente, aquí y donde hay viento, aquí y donde hay vida. ¿Y no hay vida aquí, me pregunto, no hay vida debajo de esos árboles secos, en sus raíces; no la hay en el centro de las piedras, en la cima de las montañas; no hay vida en la sencillez de la arena? ¿No hay vida dentro de mí; no late un corazón en mi pecho? Hay soledad. No abandono: soledad. Hay soledades más terribles: aquí yo sé que estoy sola. Casi benditamente sola. Hay soledades más terribles, las que una descubre paulatinamente, las que una desenvuelve con una lentitud deliciosa, porque no sabe que, detrás de la cortina, el escenario está vacío. Hueco. Silente. He aprendido a vivir la soledad. A soportarla. A ver cómo el tiempo se consume y desgasta todo lo que encuentre a su paso. Yo lo he visto, y no hay nada peor que pueda contemplar un alma. Pero es más espeluznante saber que es lo único que se puede contemplar, y que en ello no es posible encontrar placer alguno. Yo no pude encontrar ese placer, ese gozo de ver cómo se desmorona la construcción más perfecta, de cómo se pudre el fruto más exquisito. Por eso he llegado aquí, para buscar algún tipo de deleite, por discreto u oculto que sea. Los he tenido, pero los que antes me causaban placer, no me satisfacen más.

Hubo un día en que me causaba placer la espera. No la mía, sino la del otro: el hecho de que alguien me esperara. Durante muchos años pude hacerlo, tener esperando por mí a todo el mundo, a quien yo quisiera. ¡Si yo lo hubiera deseado, el sol mismo habría tenido que aguardar a que yo despertara para empezar a deslizar sus rayos por la superficie de la tierra, para derretir la escarcha que se forma en las ventanas durante la noche! Si yo lo hubiera deseado, la luna habría tenido que esperar el momento en que yo me enamorara para embellecer ese hueco escalofriante que es el cielo de la noche. Si yo lo hubiera deseado, la lluvia habría tenido

que esperar a que mi corazón se rompiera para brotar como un manantial desde mis ojos y ahogar a la ciudad que me encontrara llorando. Pero estaba sumida en un sueño profundo, en un embrujo cuyo hechizo me hacía creer que con los hilos de mis manos podía mover al universo. Y nunca me di cuenta de que esos hilos no eran para que se hiciera mi voluntad, sino para que obedeciera una voluntad cuyo maquinador desconocía, pero que podía deshacerme con la facilidad con que finalmente lo hizo. Aun hoy no sé si he logrado despertar del todo de ese sueño, pero estoy abriendo los ojos, y es desgarrador descubrir que el sol ahí está, brillante, delante de mí, y que su luz lastima y que nunca lo había visto brillar con esa intensidad porque nunca había estado despierta.

Con la lluvia era distinto. La lluvia inundó mil y mil veces la ciudad que me veía llorar, hasta que la ciudad, cubierta por el agua salada de mis lágrimas, cesaba en sus latidos. Pero nunca nadie me vio llorar. Yo despreciaba el llanto y al que lloraba, y me despreciaba a mí misma por hacerlo en secreto... era mi secreto, un pecado imperdonable. Llorar. Nadie debía saber que yo lloraba. La lluvia cayó siempre que yo quise...

Pero la luna... La luna no brilló para mí más que una vez. Y no brilló para nadie más. Con estas mismas ropas que hoy me cubren me mecía en el enramado de un árbol. Ya lo habíamos pactado: antes de que el cielo comenzara a ensombrecerse nos veríamos en ese preciso árbol. No había necesidad de decir más: ambos sabíamos cuál. Era aquel al lado de cuyo tronco algunas tardes nos recostamos y entonamos canciones de olvido y de soledad que nadie, salvo nosotros dos, conocía. Aún está ahí el pasto que arranqué con mis manos, ¡con qué debilidad lo hice, mientras tú me hablabas en voz baja! Se hacía un silencio... era como si las aves te escucharan y dejaran de trinar mientras contabas pasajes de historias que a mí me fascinaban. Pero tú sabías que una historia me fascinaba más que cualquier otra: la que debía trazarse en el vasto pergamino del futuro.

Me recosté boca arriba sobre la yerba, no me importaba nada, salvo soñar, quizá por primera vez. Cerré los ojos y escuché el canto de las aves de la tarde. Sabía que dejarían de trinar cuando tú llegaras, y esperaré pacientemente, con los ojos cerrados, meciéndome en el enramado

del árbol. No temía que no llegaras, desde luego que no temía eso. Mis temores en ese momento estaban orientados a otros puntos, y poco a poco se fueron desvaneciendo. Me desharía del mundo que conocía, ¿y cómo no iba a temer eso? ¿Cómo no tenerle miedo al mañana, a un mañana que sería distinto a todos los días que hasta entonces yo había vivido, si se puede decir que era eso lo que hice con los días? Para mí no habría más horarios ni presentaciones, más compromisos frívolos. Me sentiría libre por primera vez... y para mí eso era escalofriante.

Y las aves trinaban encima de mí, anunciaban con voces cada vez más quedas tu llegada, tus pasos sobre el pasto, tus juegos a esconderte entre los matorrales o detrás de los árboles... pero te descubrirías al llegar a aquel en el que yo te esperaba. La noche avanzaba, y tú, como ella, también lo hacías, hacia mí.

Pude sentir debajo de mi cuerpo la primera humedad del anuncio de la noche, que era como un beso tuyo fragmentado en minúsculas gotas de rocío que envolvían mi cuerpo, como esperaba que tú lo hicieras con tus labios. ¡Sabía que no te importaría que otras manos me hubieran recorrido, que otros cuerpos me hubieran explorado, que otras bocas me hubieran descubierto! No, eso no te importaría a ti.

Veía la luna, enorme y plena, como nunca la había visto, que segundo a segundo buscaba, muy discretamente, como todo lo que hace, posarse encima del árbol en cuyo enramado yo me mecía. Abajo, allí donde aún podía ver la manta con la que te cubrí una noche que te quedaste dormido antes que yo, las cigarras empezaron a chirriar. La luna se acercaba a mí y al árbol, y en la yerba no se escuchaban tus pasos. Alrededor de mí, desde cualquier rama, el canto de las aves era a cada momento más y más desgarrador. Y ahí me quedé, meciéndome en el enramado del árbol. Esperándote. Era como una muerte que llegaba a mí desde lo blanco de la luna y desde lo lejano de tus pasos y de tus historias; para el mundo que me conocía estaba ya dispuesta a desaparecer, y por eso fui al árbol en cuyo enramado me mecía, que sería el único testigo de mi partida, y terminó siendo el único testigo de mi muerte. Y ahí, en sus brazos, que no en los tuyos, morí por primera vez. Por primera vez en mi vida estuve dispuesta a esperar, y te esperarías a ti. Y esperé por primera vez. Pero nunca llegaste. Las aves nunca dejaron de cantar;

cantaron hasta el amanecer. Y yo canté con ellas. Tal vez haya sido que soñé demasiado. Y soñé por primera vez. Una suerte de rocío que era a la vez tormenta empezó a brotar de mí. Y sentí como si llorara por primera vez.

¿Ves esta cicatriz en mi rostro? Es el surco que han dejado mis lágrimas.

Desde esa noche no he dejado de llorar. La luna se perdió, con su palidez, sintiendo lástima por mí. Nadie antes había sentido lástima por mí, porque yo no lo permití nunca. Ahora yo llevo, cubriendo mi cuerpo, el color macilento de la luna, el dolor de la luna, que todas las noches se asoma esperando ver sus ilusiones realizadas y que, derrotada, se hunde en el horizonte cada madrugada, con el corazón deshecho de quien ha sido abandonado. Y empecé a caminar, siguiéndola, y es el camino de la luna el que está debajo de mis pies. Así llegué a Tamitla. Llegué a Tamitla en busca de mis ilusiones y mis sueños. Llegué a Tamitla a buscar mi llanto perdido y seco, los árboles que lo absorbieron, los caudales que se lo llevaron, las bocas que lo bebieron. Llegué a Tamitla para buscar mi amor; vine a buscar y a recoger todos los pedazos de mis ilusiones rotas, a reconstruirlas, porque ahora sin ilusiones mi vida despedazada no tiene sentido. Y de Tamitla me voy con la condena con que me he ido de otros lugares, que es regresar. Y de Tamitla me voy como de otros lugares me he ido: sin llanto, sin luz y sin amor. He llegado en busca de ti, y en busca de ti me voy.

Se prohíbe su reproducción total o parcial por cualquier medio, incluido electrónico, sin permiso previo y por escrito de los editores.